



Uno de los instantes de la representación de 'El café. La comedia del dinero' en el Teatro de La Abadía de Madrid. / ROS RIVAS / TEATRO DE LA ABADÍA

Teatro

Ludópatas y frenéticos

EL CAFÉ. LA COMEDIA DEL DINERO

Autor: Fassbinder sobre la obra de Goldoni. Traducción: Miguel Sáenz. Dirección: Dam Jemmett. Reparto: José Luis Alcobendas, Jesús Barranco, Miguel Cubero, Lino Ferreira, Daniel Moreno, Lidia Otón, María Pastor, Lucía Quintana. Calificación: ★★

JAVIER VILLÁN / Madrid

Jugadores compulsivos, máquinas tragaperras, calculadoras humanas en dólares, libras, euros. Y drama, claro está, entre tanto sexo y tanto

cálculo. Con el apagón final y la subsiguiente salva de aplausos salí de naja, pero no de la sala; ni a José Maya, ni a Antonio Garrigues, vecinos de asiento, les dio tiempo a avisarme y la *troupe* de artistas por poco me atropella. Gloria, la gentil jefa de sala, me hizo señas de que faltaba una escena y el tiro final me pilló frenado en la puerta de salida.

Mi estampida de *El café. La comedia del dinero* dos minutos antes del final tiene dos lecturas: una de despiste, que me hubiera impedido seguir comprobando el buen

trabajo de Jesús Barranco, el camarero aburrido por tanto rollo y frivolidad de sus clientes. Y otra, más subterránea, de una huida subconsciente. Fuera de escena María Pastor, Lucía Quintana, Lidia Otón, Alcobendas y compañía, pensé que todo se había acabado. Pero faltaba la media verónica de Luis Barranco, un poco el alma de la *troupe* durante toda la función.

No perdí nada estancado como un pasmarote en la puerta de salida, pues el final resulta previsible; el disparo fue una liberación: epi-

ritual y dramática. O sea, personal y teatral de una obra que, como imagen de Fassbinder, resulta brillantemente grotesca en el mejor sentido de la palabra, pero en cierta medida decepcionante. Pese a que el tema de Goldoni—dinero, vicios, traiciones, corrupción, poder—lo haya pasado Fassbinder por su corrosiva trituradora, quizá no sea este el Fassbinder ideal. Esperemos que el ciclo cinematográfico a él dedicado por el Instituto Goethe y las conferencias, loable iniciativa, le devuelvan la imagen.

Al menos la imagen provocadora y romántica que de él tenemos.

Lo primero es felicitar a este grupo de intérpretes que, según dice el material literario de mano, ha renunciado a sus honorarios para poder cumplir el sueño de hacer un Fassbinder en La Abadía. «¡Qué

«'El café' no sigue la imagen provocadora y romántica que se tiene de Fassbinder»

Dios reparta suerte!», como dicen los toreros. Esa —renuncia, falta de liquidez, sacrificio— ocurre en grupos alternativos; pero que ocurra en La Abadía resulta alarmante; es una evidencia del estado de la cuestión. Y si eso ocurre en La Abadía que ha hecho y, en líneas generales, sigue haciendo un gran teatro, apaga y vámonos. Mientras la llamada clase política practica impunemente el latrocinio y el expolio, el teatro naufraga.

El trabajo actoral es notable y no sólo ese epílogo del tiro y la desesperación: crispado y compulsivo, mas virtuoso a fin de cuentas y a pesar de ese frenesí de farsa. A quienes en tiempo practicamos el culto a Fassbinder como símbolo de la transgresión y una anarquía más sexual y réproba que política, este Fassbinder nos deja fríos. O hemos cambiado mucho o este no es él; no es ni siquiera Goldoni. Acaso sea Dam Jemmett, pero confieso que a este director lo conozco menos.